

Proporcional y homologable

XAVIER BRU DE SALA

LA VANGUARDIA, 30.10.09

No se abate el cielo sobre Catalunya. Váyanse acostumbrando a que salgan a la luz casos de corrupción, transversal o unipolar, remota o reciente. Eso es, por desgracia, habitual en toda Europa. En unos sitios más, en otros menos. ¿A santo de qué íbamos a considerarnos inmunes? No lo somos ni podemos serlo, puesto que la corrupción es proporcional al poder, con más exactitud al dinero que se mueve desde el poder o gracias al poder. Los mecanismos de control y limpieza de la democracia están para eso, para poner la corrupción al descubierto y castigarla. Que la corrupción sea inevitable no significa abstenerse de combatirla y acotarla al máximo. Cuanto menos aprovechados queden impunes, mejor para el conjunto.

Aunque la presunta trama investigada por el juez Garzón acabara en hechos probados y condenas más o menos severas, extremo que está por ver, por más que salgan nuevas y tal vez más graves acusaciones a la luz, no por ello deberíamos considerar que Catalunya emula, ni de lejos, a la República Italiana. Dando una somera vuelta por Europa y sin necesidad de recordar las sombras proyectadas por Larsson sobre Suecia, salen a colación sendos hijos de la ex premier británica Thatcher y del difunto presidente Mitterrand relacionados con el tráfico ilegal de armas.

La venta de armas, incluso la clandestina, es un negocio que requiere la intervención de los estados que las fabrican, sea a través de

procedimientos opacos o por la vía de las cloacas. El poder de Catalunya, limitado a lo municipal y autonómico, no da para tanto.

Sobreescandalícense pues quienes parten del principio de la Catalunya ideal, pura y buenista. El resto deberían sentirse reconfortados cada vez que se destapa una trama corrupta. La lacra de la corrupción existe aunque se pretenda ignorarla, y no hay otra forma de limpiarla que la acción de la justicia. El objetivo de los demócratas consiste en reducir la corrupción, ponerle cerco, afinar los mecanismos de control, no en darla por desaparecida cuando, a falta de radiografías de sus órganos achacosos, el cuerpo social parece inmaculado. Eso es lo que hay que hacer, investigar, no taparse la nariz y mirar hacia otra parte. Es desagradable, claro, pero no duden de que los corruptos potenciales se achican cada vez que se pone un caso al descubierto.

En consecuencia, debe reafirmarse, con toda rotundidad, que el cuerpo social, incluso el político, está mucho más sano de lo que pueda parecer cuando se focaliza la atención sobre sus zonas purulentas. Esto no es una cueva de Alí Babá. Al contrario, predomina, y con mucho, la rectitud en los comportamientos de las personas que manejan el poder y el dinero. A fin de contrarrestar las reacciones catastrofistas y populistas, les pondré un solo caso de ejemplaridad. Retrocedan un decenio, y recuerden la situación de la Fira de Barcelona. Madrid, con su exitosa Ifema, se comía el terreno a ojos vistas. Peligraba incluso la joya de la corona ferial, el Salón del Automóvil. Pues bien, en el año 2000 los llamados siete magníficos recibieron el encargo institucional de enderezar la situación. Bajo la presidencia de Jaume Tomàs, los empresarios Josep Blanchart, Jordi Clos, Salvador Gabarró, José Manuel Lara, Miquel Valls y Pere Vicens dedicaron su tiempo y su capacidad a refundar la Fira. Con

tanto acierto que hoy Barcelona puede enorgullecerse de contar, junto a Milán, con el recinto más extenso de Europa. Pues bien, aunque les suene algo raro, los siete no cobraron nada, ni siquiera dietas. Esa generosidad sigue vigente. Esto es lo normal. Lo otro la excepción.

Pues el sistema político es excepcional, podrían responder. Ciertamente, la corrupción se relaciona con el poder de las administraciones públicas. A buen seguro cada lector conoce a unos cuantos trabajadores de dichas administraciones. Pregúntenles y les confirmarán no sólo la corrección de los procedimientos sino también cómo han aumentado en los últimos tiempos los sistemas de control. La ética pública ha ganado posiciones en Catalunya. Y las gana, insisto, cada vez que se descubre una trama. Por ponerles también un ejemplo, han desaparecido corruptelas, extendidas en ciertos ámbitos no hace mucho, como la de cobrar viajes pagados por terceros mediante la presentación del billete sin la correspondiente factura.

Aun así, no deja de escandalizar que, tras el caso Millet, sean detenidos personajes como el alcalde Bartomeu Muñoz, de Santa Coloma, Lluís Prenafeta o Macià Alavedra. Se concreten las acusaciones, se demuestren luego o no, causa extrañeza que los ex altos cargos de Pujol, procedentes de un tiempo en el que sin caja B era casi imposible actuar en la, por llamarla de algún modo, alta política, no se hubieran retirado por completo de estos escenarios como correspondía. Máxime cuando pesan tanto en el liberalismo catalanista. Veremos el agua que lleva este río. Poca o mucha, y a juzgar meramente por los primeros indicios, parece que los presuntos beneficiarios de la trama son bolsillos particulares. No los partidos, sino aprovechándose de ellos.